

LA CONFIGURACIÓN DEL GÉNERO A TRAVÉS DE LOS OJOS Y DE LA PALABRA DE DIOS

Alicia Gil Gómez

Coordinadora General del Proyecto NOW-UJI Isonomía

Para comenzar debemos señalar que, al hablar de género, nos estamos refiriendo a aquella construcción social y cultural que determina y caracteriza a las personas, desde el momento mismo de nacer, en función de su sexualidad biológica. Tal caracterización y determinación como femenino o masculino influye de manera que, a unas y a otros, a lo largo de su existencia les estará permitido, o no, realizar unas cosas u otras: optar por un determinado proyecto de vida que bien esté vinculado con lo familiar bien con lo público, con lo cercano o con lo universal; relacionarse con «lo otro», cualquiera que eso «otro» sea, de una manera dubitativa o asertiva, sumisa o autónoma, generosa o egoísta, compasiva o implacable...; tomar decisiones que afecten a la vida cotidiana o que determinen la existencia de terceros; nombrar a través de un lenguaje ajeno o a través de un lenguaje ajustado a la experiencia y al deseo de permanecer; mirar y ver el mundo desde la conciencia del sesgo arbitrario o desde la certeza de disponer del horizonte como límite; funcionar con valores impuestos o traficar con valores contruidos para legitimar el deseo individual y el deseo colectivo *singular*;¹ ser representado o ser representativo; «*ser en sí o ser para sí, ser subordinado o ser dominante*»;² moverse por el espacio de la influencia o por el del poder, ... Y para optar por cualquiera de estas posibilidades dicotómicas sólo hay que nacer mujer u hombre... La sociedad se encarga de hacer el resto, de preparar a unas y a otros para asuntos bien diferentes... Pero, y esta sería la pregunta, ¿sobre qué se apoya la sociedad, la cultura, para legitimar este reparto, para impedir que unas se rebelen contra aquello que, sin duda alguna, limita sus capacidades y sus opciones existenciales? La respuesta: en la palabra de Dios.

Efectivamente, basta con «echar un ojo» a cualquiera de los textos Sagrados existentes (Biblia, Corán, Tora, etc.) para comprender los parámetros desde los que se organizan las distintas culturas que coexisten en este planeta, para conocer qué paradigmas sostienen sus leyes, qué mitos justifican sus arbitrariedades...

¹ Al decir «colectivo singular», me estoy refiriendo al modelo de sujeto que detenta el poder, que en nuestra cultura se corresponde con las siguientes señas de identidad: varón, blanco, judeo-cristiano, rico, en edad productiva y europeo, señas que le caracterizan como sujeto histórico.

² Sau, Victoria (1990): *Diccionario Ideológico Feminista*. Barcelona, Icaria, pp. 133-138

En nuestra cultura, denominada del norte y occidental por aquello de habernos situado en un epicentro extraño a una construcción esférica, desde donde señalamos el lugar del norte y del sur, del este y del oeste, aplanando formas y contraviniendo las más elementales leyes de la naturaleza, la Biblia³ da cuenta de todos y cada uno de los porqués que nos invaden en cuanto permitimos que la pregunta emerja, en cuanto bajamos la guardia y descreemos de la naturalización (las cosas son como son porque no pueden ser de otro modo) que no nos explica lo inexplicable después de haber atravesado, cuanto menos, dos mil quinientos años de cultura conduciéndonos, ineludiblemente, al camino de la fe.

Pero, me pregunto, ¿qué ser humano, qué mujer puede seguir teniendo fe en Dios después de haber leído la Biblia?. O somos más incautas de lo que aparentamos o el miedo a lo desconocido es todavía mayor al horror de vivir en el espanto, en la impotencia, en la imposibilidad de ser otra cosa diferente a lo que te tienen destinado.

El Génesis, ya señala la primera dependencia: Dios crea al hombre varón y pone todos los seres de la creación bajo su dominio. Después decide que no es bueno que el hombre esté solo y le da una compañera que nace de su costilla. El hombre tiene el don de la palabra, porque es semejante a Dios y con su palabra pone nombre a todas las cosas creadas, incluida la mujer quien, necesariamente, nace dependiente porque es carne de la carne del primer ser creado... Es decir, que las mujeres gestamos y parimos por delegación ya que, inicialmente, fuimos concebidas por un varón ¡Mal se le debió dar el parto al «susodicho» cuando no volvió a tener ganas de repetir la experiencia!, tan mal que el Creador de aquel que fue hecho a Su imagen y semejanza, tras cometer el pecado original, condeno a éste -Adán- a «ganar el pan con el sudor de su frente», mientras que a ella, la inductora -Eva-, le castigó a parir con dolor, legitimando así, y permanentizando, la división sexual del trabajo que todavía hoy padecemos.

Son muchos los ejemplos que aparecen en el Libro Santo, que señalan cuál es el ideal de mujeres con el que se maneja el patriarcado⁴. Ideal que se divide en dos: la mujer como perdición de los hombres (Eva, Salomé, etc.); la mujer como sostén del hacer de los hombres en tanto que esposa fiel y madre amatísima (Ruth, Esther, ... y, ya en el Nuevo Testamento, María); entre medias de ambas, cabalgando entre los dos ideales, aparece Judith, que presta sus encantos, su poder de seducción, a la Comunidad para decapitar

3 Cualquier edición es válida.

4 Gil Gómez, Alicia y otras (1998): Colección Año 2468. Humanidades. Vol. IV. Universitat Jaume I. Castellón.

a Holofernes, o María de Magdala –María Magdalena– que se arrepiente de sus pecados carnales pasando a engrosar las filas de los seguidores del Hijo de Dios.

Sin embargo, algo tienen en común unas y otras: su sentido de la obediencia, su silencio... y aquella que desobedece (la mujer de Lot, convertida en estatua de sal) es castigada o se muestra como paradigma de maldad (Herodías). Igualmente, la Biblia nos deja claro que el espacio en el que se deben mover las mujeres para conseguir sus fines, que siempre están ligados a los deseos de otros, normalmente para beneficiar a algún hijo favorito o para salvaguardar alguna amistad, es decir siempre relacionado con algún tipo de cuidado o beneficio ajeno, es a través de la influencia (Rebeca, Sara, incluso la Virgen María –Ver episodio de las bodas de Canan)... Poco espacio queda, pues, para que las mujeres tomemos decisiones propias, para que pongamos en juego nuestros deseos o demandemos aquello que pueda satisfacer necesidades propias, singulares, individuales... Si así lo hacemos, seremos duramente castigadas, denostadas, envilecidas o despreciadas... Eso es lo peor, el desprecio, porque otra de las cuestiones que se nos muestran como indispensables, que va ligada al hecho de ser mujer, es la relación dependiente de los afectos... Casi toda nuestra existencia, desde el libro Sagrado, está vinculada a la necesidad de ser querida por un hombre –Dios, esposo, hijo, padre, amante, etc.– o ser reconocidas por ellos ya que sin su palabra, sin su designación, sin su mirada, las mujeres no cobran existencia... La vida de las mujeres aparece estrechamente ligada a la historia de los hombres quienes, a su vez, actúan para contentar a su Dios que, en cualquier caso, les creó a Su Imagen y Semejanza. Un Dios Padre que nombra, señala y ordena, un Dios Padre Omniscente, Omnipotente, que legitima y justifica la existencia del patriarcado, el gobierno del Padre.

Estamos entrando en un nuevo siglo, mejor, en un nuevo milenio, inaugurando una nueva era vertebrada en torno a los avances tecnológicos, a la ciencia, a la emergencia de una nueva masculinidad porque la otra, la de siempre, la que creció a la sombra de Este Dios Padre, se ha quedado pequeña, impotente para satisfacer las demandas de, al menos, 50% de la población: las mujeres. Tampoco los integrantes del otro 50%, los hombres, están plenamente satisfechos de su masculinidad porque saben que los valores que sostienen ésta, la valentía, la agresividad, la violencia, en definitiva, está minando el planeta, está contaminando el medio ambiente, está generando guerras, muerte y desolación... A pocos y a ninguna nos sirve ya la existencia de un Dios Justiciero, ni siquiera aquel que, reconceptualizado por la presencia viva del Hijo, sirvió como justificación en las Guerras de Religión de la Edad Media, o del exterminio de los «Infieles» en la Conquista del Nuevo Mundo, o subyace en los enfrentamientos actuales contra «esos otros infieles poseedores de petróleo y riquezas naturales»...

Hay que rehacer los mitos, hay que desechar aquellos referentes que nos empujan al desencuentro y volver la mirada a una nueva creación, a un nuevo orden creativo que nos explique la pluralidad del cosmos, que nos invite a entendernos y respetarnos desde nuestras diferencias, que abra caminos para convivir en Paz, para cuidar el medio natural, para dejar herencias de vida, en lugar de muerte, a las generaciones venideras, para dejar hablar a quienes, durante siglos, permanecemos amordazadas por una mano invisible que, aún hoy, no ha demostrado su existencia: la Idea de Dios.